

mos que temer nada, porque estas gentes son ciegas: ¡No aman!...

Otro día la joven tuvo una idea rara; porque en ocasiones, cual si estuviera loca, deliraba.

El gato atigrado «Francisco», estaba sentado en medio de la sala, grave, inmóvil, mirando con sus ojos redondos á los dos amantes; parecía que les examinaba con atención, sin mover los párpados, sumido en una especie de éxtasis diabólico.

—Mira á «Francisco», —dijo Teresa á Lorenzo. —¡Diríase que lo entiende todo, y que esta noche va á contárselo á Camilo! ¡Vaya!... Sería de ver que este animal se pusiese á hablar en la tienda cualquier día. ¡Buenas historias sabe de nosotros! La idea de que pudiese hablar el gato, divirtió singularmente á la joven.

Lorenzo miró los grandes ojos verdes del animalito, y sintió calofríos en la epidermis.

—¡Mira lo que haría! —añadió Teresa. —Se pondría de pie, en el centro de la tienda, y señalándome á mí con una pata y á tí con la otra, exclamaría: «Este caballero y esta señora se abrazan fuertemente en el cuarto de allá arriba, y no han desconfiado de mí; pero como su criminal amor me disgusta, os ruego que les hagáis encarcelar á los dos. Así no volverán á turbar mi siesta».

Teresa bromeaba como una niña: imitaba los gestos del gato, alargaba los dedos á manera de garras, encogíase de hombros con ondulaciones felinas. «Francisco» guardando inmovilidad de piedra, la contemplaba; solo sus ojos parecían tener vida; en los extremos de su boca veíanse como dos pliegues profundos que parecían un amago de risa en aquella cabeza de gato diseado.

Lorenzo tenía frío hasta en los huesos, y calificaba de ridícula aquella burla de Teresa: levantóse, y echó al gato fuera. La verdad es que tenía miedo. Su amante no le poseía por completo: quedaba en el fondo del corazón de Lorenzo un poco del malestar experimentó el primer día al recibir las caricias de Teresa.

VIII

Por la noche, en la tienda, Lorenzo era perfectamente feliz. Solía volver de la oficina con Camilo.

La señora Raquín le profesaba ya cariño verdaderamente maternal; sabía que no estaba bien acomodado, que comía mal, que dormía en una miserable buhardilla, y le dijo, de una vez para siempre, que en la mesa de su casa habría invariablemente un cubierto para él. Amaba á aquel chico con esa ternura franca que las mujeres ancianas suelen tener por sus paisanos, cuando éstos les recuerdan las alegrías del pasado. El joven usaba ampliamente de la hospitalidad; antes de llegar, al salir del despacho; daba con Camilo un paseo por los muelles, hablando de cosas indiferentes, pero fastidiándose menos que si estuviesen solos, y después se dirigían á casa, olfateando la sopa de la señora Raquín; Lorenzo abría la puerta de la tienda, sentábase á horcajadas sobre las sillas, fumaba y escupía, ni más ni menos que si estuviese en su propia casa.

La presencia de Teresa no le causaba ningún embarazo: trataba á la joven con amistosa lisonja, bromeaba con ella y la dirigía triviales galanterías, sin que se alterase lo más mínimo una línea de su rostro; y como ella respondía siempre con secos monosílabos, Camilo se reía, creyendo firmemente que los dos amantes se odiaban. Llegó una vez á reconvenir á Teresa por lo que él llamaba su frialdad para con Lorenzo.

Lorenzo había acertado: era el amante de la mujer, el amigo del marido y el niño mimado de la madre. ¡Jamás vivió con sus apetitos tan satisfechos, y se adormecía en el seno de los placeres sin cuento que le proporcionaba la familia Raquín! Por lo demás, su posición allí le parecía la más natural del mundo: tuteaba á Camilo, sin cólera y sin remordimientos, y ni siquiera se tomaba la molestia de vigilar sus gestos ni sus palabras, por hallarse bien seguro de su prudencia

y de su tranquilidad; el mismo egoísmo con que disfrutaba de tantas dichas, lo protegía contra toda torpeza suya. En la tienda, su querida era para él una mujer como otra cualquiera, á la que no debía abrazar y que no existía para él. Si no la abrazaba delante de todos, debíase al temor de que ya no podría volver allí; tal consecuencia lógica era sólo lo que le obligaba á contenerse, porque si no, se hubiera mofado perfectamente del dolor de Camilo y de su madre.

No se daba cuenta de lo que podría acarrear el descubrimiento de su culpable unión. Creía proceder sencillamente como hubiera obrado cualquier otro en su lugar, cual hombre pobre y hambriento. De aquí procedían su tranquilidad beatífica, sus audacias prudentes, sus rasgos desinteresados y sus chocarrerías.

Teresa, más nerviosa que él, más ardiente, hallábase reducida á desempeñar papel bien distinto, y lo representaba á maravilla, merced á la sabia hipocresía con que la educaron: durante quince años había mentido y ahogado sus ardorosos deseos, había demostrado una voluntad implacable en parecer yerta, adormecida y costábale muy poco colocar sobre su carne aquella máscara glacial de muerte que daba á su rostro un aspecto frío.

Cuando Lorenzo entraba en la tienda, ella estaba grave, mal humorada, con la nariz más larga y los labios más delgados... fea, huraña, inabordable. Ciertamente, no exageraba su hipocresía, para no despertar la atención con modales más bruscos que antes; representaba su papel de siempre; gozaba una voluptuosidad amarga engañando á Camilo y á la señora Raquín; no era como Lorenzo, que estaba satisfecho y harto en el amplio contentamiento de sus deseos, é inconsciente de su deber; al contrario, sabía que obraba mal, y á veces las asaltaban deseos feroces de levantarse de la mesa y abrazar á Lorenzo delante de todos, para mostrar á su marido y á su tía que no era tan imbécil como la creían y que tenía un amante.

De cuando en cuando ráfagas de alegría inun-

ñaban su cabeza, y aunque era una perfecta actriz, no podía resistir al deseo de cantar, cuando su amante estaba fuera, aprovechando las ocasiones en que no podía traicionarse á sí misma. Estas súbitas alegrías encantaban á la señora Raquín, que acusaba de demasiada gravedad á su sobrina. La joven compró macetas de flores y adornó con ellas la ventana de su cuarto; después hizo mudar el papel de la habitación, y quiso allombra, cortinajes, muebles de palisandro. Todo este lujo era para Lorenzo.

Parecía como que la naturaleza y las circunstancias habían creado tal mujer para tal hombre, y habían arrojado á éste en los brazos de aquella; entre ambos, la mujer nerviosa é hipócrita, y el hombre sanguíneo, bruto, formaban una pareja poderosamente ligada; completábanse y se protegían mutuamente. Por la noche, en la mesa, bajo la pálida claridad de la lámpara, se conocía la fuerza de aquella unión, al ver el hinchado y risueño rostro de Lorenzo frente á la muda é impenetrable máscara de Teresa.

Las veladas eran plácidas y tranquilas, y en medio del silencio, y en la penumbra transparente y líbia, resonaban algunas frases amistosas: agrupábanse alrededor de la mesa, después de los postres, y hablábase en voz baja de los sucesos del día, de los recuerdos de la víspera y de las esperanzas venideras. Camilo quería á Lorenzo tanto como él podía querer á un amigo, cual egoísta satisfecho, y Lorenzo aparentaba estimarle con el mismo afecto: había entre ambos un cambio recíproco de frases de amistad, de gestos serviciales, de miradas atentas. La señora Raquín, cuyo semblante expresaba la satisfacción más plácida, gozaba en medio de sus hijos, en el ambiente sereno que ellos respiraban. Cualquiera hubiese dicho que era aquella una reunión de antiguos amigos, que se conocían mutuamente hasta los más secretos sentimientos, y que descansaban tranquilos en la fe de su mutua amistad.

Teresa, inmóvil, seria, tranquila como los demás, consideraba aquellas alegrías familiares, aquellas

gratas delicias, y en su interior se reía con risas salvajes; todo su sér se mofaba de aquellas escenas, aunque su semblante revelase frialdad rígida. Decíase con refinamientos voluptuosos, que algunas horas antes ella había estado en brazos de Lorenzo, en el cuarto inmediato, medio desnuda, suelto el cabello; recordaba los detalles de su loca pasión, y los repasaba minuciosamente en su memoria, oponiendo una escena de arrebató amoroso á la escena inerte que entonces presenciaba. ¡Ah! ¡Cuán feliz era engañando á aquellas pobres gentes con triunfante impudencia! ¡Era allí, á dos pasos detrás de aquel pequeño tabique, donde ella recibía á un hombre, donde se revolcaba en las asperezas del adulterio! ¡Y su amante en aquel momento aparentaba ser un desconocido para ella, un compañero de su esposo, casi un imbécil, un intruso, del cual ella no debía cuidarse! Esta comedia atroz, este engaño de la vida, esta comparación entre la ardiente locura del día y la indiferencia fingida de la noche, daban más calor, más enérgica fuerza á la sangre enardecida de la joven.

Cuando, por casualidad, la señora Raquín y Camilo bajaban á la tienda, Teresa se levantaba de un salto y pegaba silenciosamente, con brutal energía, sus húmedos labios á los labios de su amante y permanecía así, anhelosa, medio sofocada, hasta que oía crujir los peldaños de la escalera, y entonces con presteza volvía á ocupar su asiento, dando á su faz la expresión del mal humor, y Lorenzo, con voz tranquila, proseguía con Camilo la conversación interrumpida.

Aquello era como un relámpago de pasión, rápido y centelleante, en el fondo de un cielo muerto.

La velada era más animada los jueves, y Lorenzo que en tales noches se fastidiaba soberanamente, consideraba, sin embargo, como un deber no faltar nunca á la reunión; quería, por medida de prudencia, ser conocido y estimado de los amigos de Camilo. Era menester, por lo tanto, que escuchara las necedades de Grivet y del viejo Michaud: este contaba siempre las mismas historias de robo y

asesinato; aquél hablaba entre tanto de sus empleados, de sus jefes, de su administración. Refugiábase el joven en seguida al lado de Olivier y de Susana, quienes les parecían algo menos imbéciles, y poco después apresurábase á pedir el juego de dominó.

El jueves por la noche era cuando Teresa fijaba el día y la hora de las citas; en la confusión de la marcha, cuando la señora Raquín y Camilo acompañaban á los invitados hasta la puerta del pasaje, la joven se acercaba á Lorenzo, le hablaba en voz baja, le estrechaba la mano, y alguna vez, cuando todos estaban vueltos de espaldas, le besaba, alardeando de cinismo.

Pasaron así muchos meses viviendo en absoluta beatitud: Teresa no se aburría y tampoco deseaba nada; Lorenzo, harto, mimado, y aun engordando, sólo temía que cambiase aquella encantadora existencia.

IX

Una tarde, á la hora en que Lorenzo iba á salir del escritorio para correr al lado de Teresa, que le esperaba, el jefe le llamó, manifestándole que en lo sucesivo se le prohibía en absoluto ausentarse, pues había abusado de los permisos, y la administración había decidido despacharle si salía de la oficina una sola vez antes de la hora señalada.

Aquella tarde, amarrado á su silla, se desesperó hasta la noche; mas necesitaba ganarse la vida, y claro es que no debía de dar ocasión para que le pusieran en la calle. Por la noche, el semblante irritado de Teresa fué una tortura para Lorenzo; no sabía cómo explicar á su querida la causa de su ausencia, pero mientras Camilo cerraba la tienda, se aproximó rápidamente á ella diciéndola en voz muy baja:

—¡Ya no podemos vernos! mi jefe me niega el permiso para salir...

Camilo entró, y Lorenzo hubo de retirarse sin dar más amplias explicaciones, dejando á Teresa

Teresa Raquín—4

bajo la impresión de aquel aviso brutal. Exasperada, no queriendo admitir que la pudiesen turbar en sus deleites, la joven pasó una noche cruel de insomnio, forjando planes de entrevistas, extravagantes é imposibles. El jueves siguiente, Teresa habló apenas un minuto con Lorenzo; tal era su ansiedad que no sabían ya dónde encontrarse para consultarse y ponerse de acuerdo. Ella dió una nueva cita á su amante, pero él falló por segunda vez, y sólo un pensamiento la dominó desde entonces: verle á cualquier precio.

Quince días habían transcurrido sin que Lorenzo hubiese podido acercarse á Teresa; durante este tiempo conoció lo indispensable que era para él aquella mujer; el hábito de la voluptuosidad le había creado nuevos apetitos, ya no experimentaba malestar alguno con los brazos de su querida, sino que los acechaba obstinadamente como animal hambriento; una pasión brutal germinaba en sus músculos, y estallaba en su interior con rabia ciega ahora que le privaban de su amante, amada verdadero delirio. Todo parecía inconsciente en su floreciente naturaleza de bruto: obedecía á ciegos instintos, y se dejaba guiar por las voluntades de su orguismo.

Un año antes hubiera reído si le hubiesen dicho que iba á ser esclavo de una mujer, hasta el punto de comprometer su propia tranquilidad. El trabajo sordo de los deseos le había mimado, sin que lo advirtiese, concluyendo por arrojarle atado de pies y manos, bajo las caricias febriles de Teresa. Ya tenía olvidar la prudencia: ya no se aventuraba á ir por la noche al pasaje del Pont-Neuf recelando cometer alguna locura; ya no se pertenecía; le poseía por completo su querida: ella, con sus halagos fascinadores, con su flexibilidades nerviosas, se había deslizado poco á poco en cada una de las fibras de su cuerpo. Tenía necesidad de aquella mujer para vivir, como se tiene necesidad de beber y de comer.

Quizás hubiera cometido algún disparate si no hubiese recibido una carta de Teresa, quien le reco-

mendaba que al día siguiente no saliese de su casa. Su amante le prometía ir á encontrarle allí, hacia las ocho de la noche.

Lorenzo, al salir de su escritorio, se despidió de Camilo, diciendo que estaba cansado y quería acostarse inmediatamente; y Teresa, después de comer, también representó su papel: habló de una parroquiana que se había mudado de casa sin pagarla, fingió ser acreedora intratable y declaró que quería ir á reclamar su dinero. La parroquiana habitaba en Batignolles. La señora Raquin y Camilo advirtieron á la joven que el viaje era largo y atrevido; pero ella insistió, y ellos la dejaron marchar sola.

Corría Teresa hacia Port-Vins, deslizándose por el húmedo empedrado, atropellando á los transcurtos anhelosa por llegar pronto: el sudor inundaba su frente y sus manos ardían. ¡Hubiérase dicho que era una borracha! Llegó, subió apresuradamente la escalera de la casa amueblada, puso los pies en el sexto piso, ahogándose, con mirada vaga, y vió á Lorenzo que estaba esperándola, inclinado sobre la barandilla.

Entró, por fin, en la buhardilla, donde apenas cabía la ancha falda de su vestido; arrancóse con febril mano el sombrero y se recostó en el lecho desfallecida...

La ventanilla estaba abierta, y la noche derramaba su frescura sobre aquel lecho caliente; olvidados de todo los amantes permanecieron largo rato en el zaquizamí, como en el fondo de un agujero; y de repente oyó Teresa que daban las diez en el reloj de la Pitié. Hubiera querido ser sorda. Levantóse penosamente; miró la buhardilla que todavía no había visto; buscó su sombrero; anudóse las cintas, y volvió á sentarse diciendo con voz lenta:

—Ya es hora de marcharme

Lorenzo se había arrodillado delante de ella y le oprimía las manos.

—¡Hasta la vista!—añadió ella sin moverse.

—¡No, no digas hasta la vista!—gritó él.—Eso es demasiado vago... ¿Qué día volverás?

Teresa le miró de frente, y dijo:

—¿Quieres que hable con franqueza? Pues bien, la verdad; creo que no vendré más. No tengo pretexto y no puedo inventarle.

—¡Entonces nos hemos de decir adiós!

—¡No, no quiero!

Y pronunció estas palabras con espantosa cólera. Luego añadió dulcemente, sin saber lo que decía y sin dejar su asiento:

—¡Me voy á marchar!

Lorenzo soñaba: pensaba en Camilo.

—Yo no le quiero mal—dijo por fin, pero sin nombrarle;—mas la verdad es que nos estorba demasiado. ¿No podrías tú desembarazarnos de él, enviándole á un viaje cualquiera, muy lejos?

—¡Ah, sí! ¡Mandarle de viaje!—respondió la joven moviendo la cabeza.—¿Crees acaso que semejante hombre consentiría en viajar? ¡Sólo un viaje del que no se vuelve! Pero ya verás cómo él nos entierra á todos. Estas gentes que sólo tienen un soplo de vida jamás se mueren.

Hubo un rato de silencio. Lorenzo se arrastró sobre las rodillas, estrechando con más fuerza á su amante y apoyando la cabeza en su pecho.

—¡Ah! Yo había soñado...—murmuró.—Quería pasar una noche contigo, dormirme en tus brazos y despertarme con tus besos... ¡Yo quisiera ser tu marido! ¿Comprendes?

—¡Sí! ¡Sí!—respondió Teresa estremeciéndose.

Y se inclinó bruscamente sobre el rostro de Lorenzo y le besó con violencia, restregando las cintas de su sombrero contra la áspera barba del joven, sin reparar que estaba vestida para salir, y que se ajaba su traje; sollozaba y pronunciaba frases entrecortadas por las lágrimas.

—No digas eso,—murmuraba,—porque me faltará valor para dejarte, y me quedaré aquí... Aliéntame tú mismo más bien y prométeme que aun nos veremos. ¿No tienes necesidad de mí? ¿Verdad que hallaremos algún día el medio de vivir reunidos?

—Entonces...—respondió Lorenzo cuyas manos temblorosas oprimían el talle de su amante.—Ven mañana, ven...

Ella, retorciéndose los brazos, replicó:

—Pero no puedo venir, ya te lo he dicho: ¡no tengo ningún pretexto!...

—¡Oh! El escándalo no me asusta—añadió,—si tú quieres, llego á mi casa, digo á Camilo que eres mi amante, y vuelvo otra vez á tu lado... Pero yo tiemblo sólo por ti: eso sería desarreglar por completo tu vida, y deseo para ti una existencia feliz.

Los instintos prudentes del joven se despertaron.

—Tienes razón—dijo,—es necesario no obrar como criaturas. ¡Ah, si tu marido muriese!

—¡Si mi marido muriese!—repitió lentamente Teresa.—¡Ah! Entonces nos casaríamos sin temor á nadie y disfrutaríamos ampliamente de nuestro amor... ¡Qué vida tan dulce y tan buena!

La joven se había levantado y miraba á su amante con ojos sombríos; sus mejillas estaban pálidas, y sus labios se agitaban con latidos nerviosos.

—Algunas veces las personas se mueren,—murmuró,—pero esto suele ser peligroso para los que las sobreviven.

Lorenzo no respondió.

—¡Ya ves!—añadió Teresa.—¡Todos los medios conocidos son malos!

—No me has comprendido.—exclamó él con tranquilidad.—Yo no soy tonto, y quiero amarte en paz... Se me ocurría que todos los días acaecen accidentes desgraciados... un pie que resbala, una teja que cae... ¿Comprendes?... En este último caso, ¿quién es el culpable? Sólo el viento.

Hablaba Lorenzo con voz extraña, sonriendo de un modo particular, y añadió con voz cariñosa:

—Vete tranquila; nos amaremos mucho y viviremos felices...; y si no puedes volver aquí, ya lo arreglaré yo todo. Si estamos sin vernos algunos meses, no me olvides, y piensa en que yo trabajo por nuestra felicidad...

Estrechó entre sus brazos á Teresa que ya abría la puerta para salir.

—Tú me perteneces, ¿no es verdad?—continuó Lorenzo.—¿Juras ser mía siempre, á cualquier hora, cuando yo lo quiera?

—Sí,—gritó ella.—Te pertenezco. Haz de mí lo que quieras.

Permanecieron un momento como asustados y silenciosos y por fin Teresa se apartó bruscamente, y sin volver la cabeza salió de la buhardilla y bajó la escalera. Lorenzo escuchó el ruido de los pasos que se alejaban. Cuando dejó de oírlos, entró en su cuarto y se acostó. Las sábanas estaban aún calientes; ahogábase en el fondo de aquel estrecho agujero en el que Teresa había dejado algo de los ardores de su pasión; Lorenzo creía que aun respiraba el aliento de su amada. Ella había estado allí esparciendo emanaciones penetrantes, olores de violeta, y ahora él no podía estrechar en sus brazos sino el fantasma impalpable de su querida, que vagaba en torno suyo; padecía fiebre de nuevos amores no satisfechos. No cerró la ventana, y tendido de espaldas, con los brazos desnudos y las manos abiertas, buscando frescura, miraba fijamente el pedazo de cielo, de azul sombrío que dejaba ver la ventanilla, y soñaba.

Hasta que amaneció, una sola idea estuvo dando vueltas en su imaginación: antes de la visita de Teresa no pensaba ciertamente en el asesinato de Camilo, y sólo impulsado por los hechos, irritado por la idea de no ver más á su amante, había hablado de la muerte de ese hombre. Y así fué cómo acababa de revelársele un nuevo arcano oculto en su naturaleza inconsciente, y comenzó á pensar en el asesinato con todos los arrebatos del adúltero.

Ahora, más tranquilo, solo, en el silencio de la noche plácida, estudiaba el crimen. La idea de muerte, lanzada con desesperación entre dos besos, volvía implacable y aguda... Lorenzo sacudido por el insomnio, enervado por el acre ambiente que Teresa había dejado en el cuarto, calculaba con frialdad horrible las probabilidades, trazaba ambos-

casos y examinaba las ventajas que podrían resultarle de ser asesino.

Todos sus intereses le impulsaban hacia el crimen; decíase que el campesino de Jeufosse, su padre, no se moría nunca; que le quedaba quizás aun diez años de vida de empleado, comiendo en los bodegones, viviendo en un miserable desván y sin mujer, y esta idea le exasperaba. Al contrario, muerto Camilo, él se casaría con Teresa, heredaría de la señora Raquín, renunciaría á su destino y se pasearía al sol. Entonces comenzó á soñar con agrado en una vida de perezoso, y ya se consideraba desocupado, comiendo y bebiendo sin trabajar, y esperando con paciencia la muerte de su padre. Mas cuando se le presentaba la realidad en medio de tan halagadores ensueños, tropezaba con Camilo y cerraba los puños como si quisiese aplastarle.

Lorenzo quería á Teresa, querfala para sí solo, siempre al alcance de su mano, y si no hacía desaparecer al marido, aquella mujer se le escapaba. Ella lo había dicho: no podía volver. ¿Qué adelantaba con robarla y llevársela á cualquier parte? ¡Los dos se hubieran muerto de hambre!

¡Menos, mucho menos arriesgaba matando al marido! No produciría ningún escándalo: era sencillamente eliminar á un hombre para ponerse en su lugar. En su lógica brutal de campesino, hallaba este medio excelente, natural. Su prudencia le aconsejaba seguir este rápido procedimiento.

Revolvábase en la cama, sudando, boca abajo, hundiendo su rostro en la almohada, en el mismo sitio donde había estado la nuca de Teresa. Apretaba la sábana entre sus labios secos, y aspiraba con fuerza los suaves perfumes de aquella ropa; quedábase como postrado, sin aliento, ahogándose, viendo pasar á través de sus cerrados párpados cintas de fuego. Preguntábase entonces qué medio emplearía para matar á Camilo, y cuando la respiración le fallaba, volvíase de un brinco boca arriba, con los ojos desmesuradamente abiertos, bebía el hábito frío de la noche, y parecía como que inten-

taba buscar en las estrellas que divisaba en el pedazo azul del cielo, un consejo para llevar á cabo su plan de asesinato y de muerte. No halló nada. Como había dicho á su amante, no era un niño ni un tonto; no quería puñal ni veneno. Era menester un crimen disimulado, un crimen cometido sin peligro; una especie de ahogo siniestro, sin gritos, sin terror, una simple desaparición. Por más que la pasión le impulsara hacia adelante, todo su sér reclamaba imperiosamente prudencia; era demasiado cobarde y demasiado voluptuoso para arriesgar su tranquilidad. Quería matar para vivir pacífico y feliz.

Invadióle el sueño poco á poco. El aire frío de la noche había arrojado ya de la buhardilla el tibio y oloroso fantasma de Teresa; y Lorenzo, quebrantado, aplanado, cayó por fin en vago y grato letargo. Al dormirse, decidió esperar una ocasión favorable, mientras su pensamiento alejábase, murmurando:—«¡Yo le mataré! ¡Yo le mataré!»

Cinco minutos después reposaba, alentando con serena regularidad.

Teresa entró en su casa á las once, con la cabeza hecha un volcán y el pensamiento exaltado, llegó al pasaje del Pont-Neuf, sin tener conciencia del camino recorrido. Tan vivamente resonaban aún en sus oídos las palabras de Lorenzo, que parecía como si bajase entonces de la casa de su amante. Encontró á la señora Raquín y á Camilo que le esperaban con verdadera ansiedad, y á sus preguntas respondió secamente, diciendo que, después de un viaje inútil, había tenido que guardar más de una hora á que pasase un ómnibus.

Cuando se acostó halló las sábanas frías y húmedas. Sus miembros, ardientes todavía, se estremecieron con repugnancia. Camilo no tardó en dormirse. Teresa contempló largo tiempo la faz descolorida de su marido, que descansaba estúpidamente sobre la almohada, con la boca abierta.

Ella se apartó con repugnancia, y tuvo tentaciones de hundir su puño en aquella boca.

Transcurrieron cuatro semanas. Lorenzo volvía todas las noches á la tienda; parecía cansado, como si estuviera enfermo: un leve círculo azulado rodeaba sus ojos, y sus labios palidecían y se agrietaban; pero tenía, por lo demás, su antigua serenidad, miraba de frente á Camilo y le demostraba siempre la más franca amistad.

La señora Raquín mimaba aun más al amigo de la casa desde que le veía adormecerse en una especie de fiebre lenta.

Teresa había recobrado su expresión muda, mal humorada, y estaba más inmóvil, más impenetrable, más tranquila que nunca. Parecía que Lorenzo no existía para ella: mirábale apenas, raras veces le dirigía la palabra, y le trataba con perfecta indiferencia. La señora Raquín, cuya bondad sufría con aquella actitud de Teresa, decía alguna vez al joven: «No hagáis caso de la frialdad de mi sobrina; yo la conozco y sé que, aunque su rostro parezca frío, su corazón es capaz de todas las ternuras y de la mayor abnegación.»

Los dos amantes no habían tenido otra cita: desde aquella noche de la calle de Saint-Victor no se encontraron ni una vez siquiera. Por la noche, en la tienda, cuando se miraban cara á cara, en apariencia tranquilos y extraños uno á otro, verdaderos huracanes de pasión, de espanto y de deseo, cruzaban en tropel bajo la tranquila máscara de su rostro. Había en el de Teresa arrebatos, cobardías, y aun burlas crueles, y en el de Lorenzo brutalidades sombrías y desgarradoras indecisiones.

Ellos mismos no se atrevían á mirar el fondo de su sér, el poso de aquella fiebre ardiente que llenaba su cerebro de una especie de vapor espeso y acre.

Cuando podían, detrás de una puerta, sin hablar

se apretaban las manos hasta quebrantárselas, con corta y feroz rudeza. Ambos hubieran querido llevarse pedazos de carne, el uno del otro, pegados en los dedos. No tenían sino aquel apretón de manos para mitigar sus deseos, y en él ponían toda su fuerza, todo su sér: no se pedían entonces otra cosa. Esperaban.

Un jueves por la noche, los contertulios de la señora Raquín, antes de ponerse á jugar, tuvieron como de costumbre un rato de conversación, y uno de los mejores temas de la misma, era siempre hablar al viejo Michaud de su antiguo empleo, y preguntarle acerca de las extrañas y siniestras aventuras en que debía haber tomado activa parte. Grivet y Camilo escuchaban entonces al excomisario de policía con la faz asustada y codiciosa de los niños que oyen el cuento de «Barba Azul» ó de «Pulgarito». Esto les aterraba y les divertía.

Aquella noche, Michaud, que acababa de referir un horrible asesinato cuyos detalles habían hecho estremecerse de horror al auditorio, añadió, encogiéndose de hombros:

—Y si se supiera todo... ¡Pero cuántos crímenes quedan ignorados! ¡Cuántos asesinos escapan á la acción de la justicia humana!

—¡Cómo!—dijo Grivet asombrado.—¿Creéis que hay en la calle facinerosos que han asesinado y á quienes no se les prende?

Olivier se echó á reír con aire desdeñoso.

—Mi querido señor,—repuso con su voz cascáda,—si no se les prende, es porque se ignora que sean asesinos.

Este razonamiento no convenció á Grivet. Camilo habló entonces:

—Yo también soy del parecer del señor Grivet,—dijo con importancia estúpida,—y quiero creer que la policía está bien organizada y que no me he de codear nunca en la acera con un asesino.

Olivier consideró estas palabras como un ataque personal.

—Cierto, la policía está bien organizada,—exclamó con acento ofendido;—pero no hemos de hacer

imposibles; hay malvados que aprendieron el crimen en la escuela del diablo, y se escaparían hasta de Dios mismo... ¿No es verdad, padre?

—Sí, sí...—respondió el viejo Michaud apoyándole.—Y si no, cuando yo estaba en Vernon (quizás os acordéis de esto, señora Raquín), se asesinó á un arriero en medio de la carretera...; y el cadáver, hecho pedazos, fué encontrado en un barranco. Nunca fué habido el culpable. Quizá viva aún, quizá sea nuestro vecino y ¿quién nos dice que el señor Grivet tropezará con él al regresar á su casa? Grivet se puso pálido como un lienzo blanco, no se atrevía á volver la cabeza: ya se figuraba que el asesino del carretero estaba allí delrás de su mismo asiento. Además celebraba tener miedo.

—¡Ah, no!—balbuceó sin saber bien lo que decía.

—¡Ah, no! ¡No quiero creer eso!... Yo también sé una historia: cierta criada que fué conducida á la cárcel por haber robado á sus amos un cubierto de plata: dos meses después, al cortar un árbol, hallóse el cubierto en un nido de urracas. Luego la urraca fué la ladrona y se puso en libertad á la criada. Ya veis que los culpables son siempre castigados...

Grivet estaba triunfante.

—Entonces—dijo Olivier mofándose de él:—encarcelarian á la urraca.

—¡Vaya, vaya!—replicó Camilo, incomodado al ver que ponían en ridículo á su jefe.—No es eso lo que ha querido decir el señor Grivet... Madre, tráenos el dominó.

Mientras la señora Raquín fué á buscar la caja, el joven continuó, dirigiéndose á Michaud:

—Entonces, ¿confesáis vos mismo que la policía es impotente? ¿Confesáis que hay asesinos que se pasean tranquilamente al sol?

—¡Ay, sí, desgraciadamente!—respondió al comi-
rio.

—¡Eso es inmoral!—concluyó Grivet.

Durante esta conversación, Teresa y Lorénzo permanecieron silenciosos; ni siquiera se habían reído de las tonterías de Grivet. Ambos de codos sobre

la mesa, pálidos y con la mirada vaga, escuchaban. Una sola vez se buscaron con la vista, y en sus ojos fulguraron resplandores sombríos y ardientes. Pequeñas gotas de sudor brotaban en la raíz de los cabellos de Teresa, y glaciales hálitos causaban imperceptibles escalofríos en la piel de Lorenzo.

XI

Algunas veces, el domingo, cuando hacía buen día, Camilo obligaba á Teresa á salir con él, á dar un paseito por los Campos Elíseos. La joven hubiera preferido quedarse en la sombra húmeda de la tienda, porque se aburría del brazo de su marido, quien se complacía en exhibirla por las aceras, deteniéndose á cada momento ante los escaparates con sorpresas, exclamaciones ó silencios de imbécil; pero Camilo, por el contrario, anhelaba pasear con su mujer; y cuando veía al- gundo de sus compañeros de oficina, y especialmente á un jefe, les saludaba muy enorgullecido de que le viesen con su mujer. Por lo demás, iba á paseo por ir, sin hablar una palabra, tieso y embarazado con su traje dominguero, arrastrando los pies, como hombre embrutecido y vanidoso. Teresa sufría.

La señora Raquin, en los días de paseo, acompañaba á sus hijos hasta la salida del pasaje, les abrazaba cual si partiesen para un largo viaje, y les hacía un sin fin de ruegos y recomendaciones.

—Sobre todo—añadía casi siempre,—tened cuidado que no os ocurra algún accidente... ¡Hay tantos coches en este París!... ¡Me prometéis no ir por donde haya mucha gente?...

Y cuando, por fin ellos se alejaban, seguía les con la vista durante largo rato, y después volvía á la tienda; sus piernas ya torpes la impedían acompañar á sus hijos para emprender una larga caminata.

Otras veces, muy raras, los esposos salían de París y llegaban á Saint-Ouen ó á Asnières, á comer pescadilla en alguno de los restaurans situa-

dos en la orilla del río. Esto ocurría en las tardes de gran despilfarro, y hablábase de ello un mes antes del día señalado. Teresa aceptaba más satisfecha, casi con alegría, estas excursiones que la permitían gozar del aire libre hasta las diez ó las once de la noche. Saint-Ouen, con sus verdes islotes, la recordaban Vernón, y conocía que allí se despertaba el cariño salvaje que tuvo por el Sena cuando era muchacha. Sentábase en la misma arena de la orilla, metía sus manos en el río y gozaba con los ardorosos rayos del sol, templados por el fresco ambiente de la enramada. Mientras se desgarraba y ensuciaba el vestido sobre los guijarros y la tierra mojada, Camilo extendía con cuidado su pañuelo en el suelo, y se acurrucaba con gran cautela junto á su mujer. En los últimos tiempos, Lorenzo solía acompañar al matrimonio en estas largas excursiones; sus risas y sus alardes de fuerza de labrador, daban animación al paseo.

Un domingo, después de almorzar, hacia las once, Camilo, Teresa y Lorenzo marcharon á Saint-Ouen; la gira estaba proyectada desde mucho antes, y debía ser la última de la estación.

Los vientos de otoño comenzaban á refrescar la atmósfera por la noche.

Aquel día el cielo conservaba aún su serenidad y su hermoso color azul; hacía calor al sol, y en la sombra se disfrutaba de un ambiente templado. Decidieron disfrutar sus postreros rayos.

Los tres paseantes tomaron un carruaje de alquiler, y acompañados de las recomendaciones y de las cariñosas muestras de inquietud de la vieja mercera, atravesaron París dejando el coche junto á las fortificaciones, y tomaron á pie la ancha carretera que conduce á Saint-Ouen. Eran las doce del día; el camino, cubierto de polvo y vivamente iluminado por el sol, tenía la blancura fascinadora de la nieve; el aire, espeso, acre, quemaba. Teresa, del brazo de Camilo, andaba lentamente, ocultándose bajo su sombrilla, mientras su marido se daba aire con un pañuelo enorme; detrás iba Lorenzo, cuyo cogote mordían los rayos